

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Vasijas vacías

Leer 2 Reyes 4:1 a 7

El padre, un profeta, había muerto. Había sido un hombre “temeroso de Jehová”. Sin duda había tratado de educar a su familia en el temor de Dios. La fe habitaba en él y en su esposa, pero la viuda y sus dos hijos pronto conocieron la escasez y el hambre. Ella se endeudó para sobrevivir. Finalmente su acreedor no quería esperar más y, para recuperar su dinero, iba a tomar a sus hijos como esclavos.

Este cuadro todavía es actual en la esfera espiritual, si pensamos en una familia cuyo padre ha partido. La madre trata de criar a sus hijos para el Señor, pero el “acreedor”, el diablo, se esfuerza en sacárselos. ¿Qué hacer en tales circunstancias?

En nuestro relato, la viuda fue al profeta Eliseo y le expuso su situación. Del mismo modo, hoy día todo creyente que se halla en penurias o está afligido puede ir a Dios nuestro Padre y exponerle sus necesidades. Compadeciéndose de la situación, Eliseo dijo: “¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa”. ¿Qué tenía ella todavía “en casa”? Nada. Todo había sido consumido, agotado, salvo un poco de aceite en una vasija. ¿Qué queda en nuestras casas de las cosas de Dios? Tal vez hubo un tiempo de abundancia durante el cual cada día la familia se reunía en

torno a la Palabra, el Señor hablaba a los jóvenes corazones y los padres se animaban el uno al otro en el camino de la fe. Luego llegó el duelo u otras circunstancias, influencias exteriores... y el nivel espiritual se rebajó. Entonces sólo queda “una vasija de aceite”, todavía un poco de ese Santo Espíritu, el poder de la vida en los corazones que pertenecen al Señor.

El profeta hizo una recomendación extraña a su suplicante: “Vé y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas”. ¿Qué hacer con estas vasijas? La viuda vivió una experiencia maravillosa cuando en su humilde habitación, y con la puerta cerrada, comenzó a verter un poco del precioso aceite en una de las vasijas y éste no se agotaba; así pudo llenar una vasija tras otra. En la penumbra de esta habitación, donde de un lado se alineaban las vasijas llenas y del otro lado disminuían las vasijas vacías, ¿no había una Presencia, un Huésped invisible, quien un día diría: “El que cree en mí... de su interior correrán ríos de agua viva”? (Juan 7:38). Toda vasija vacía fue llenada. A la viuda le hubiera gustado continuar. Ella “dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él le dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite”. “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29), diría el Señor Jesús a los dos ciegos que le suplicaron que tuviese piedad de ellos.

¡Reunid de los “vecinos, vasijas vacías”! “En casa” tenemos tan pocas riquezas espirituales para compartir. ¿Cómo podremos tener con qué llenar las vasijas vacías? Pues bien, el Señor se encargará de multiplicar lo poco que tenemos. Una joven hermana o un joven hermano puede reunir en el hogar familiar a los niños de la vecindad para hablarles del Señor Jesús. Una hermana puede invitar a sus vecinas: almas vacías que todavía no conocen al

Salvador o almas sedientas que tienen necesidad de alimento. Juntas podrán leer la Palabra de Dios, gozarse en ella y aprender a orar. Simplemente “en casa”. Pero se necesita fe: es necesario creer que el Señor multiplicará el poco aceite del cual disponemos para llenar las “vasijas vacías” que hayamos invitado.

Después de la maravillosa experiencia, la viuda fue a contar al hombre de Dios lo que le había acontecido. No solamente podía pagar sus deudas, sino que ella y sus hijos podrían vivir con lo que quedaba. Con frecuencia se ha dicho: «La misericordia paga las deudas; la gracia enriquece». Para contar con la gracia de Dios es necesaria la fe.

Cuando la viuda y sus hijos fueron a pedir vasijas vacías, los vecinos debieron de haber pensado que estaba un poco loca, pero nada detuvo ni su celo ni el de sus hijos. Y en la medida en que recolectaron las vasijas vacías, tuvieron el gozo de verlas “llenas”.

“Comieron y les sobró”

Leer 2 Reyes 4:38 a 44

Un centenar de jóvenes estaban sentados ante el profeta en un tiempo de hambre. ¿Cómo alimentarlos? Eliseo mandó preparar un potaje en una gran olla. Uno de ellos halló unas calabazas silvestres que no conocía y creyó que sería bueno echarlas en la sopa. Cuando empezaron a comer constataron que había “muerte en esa olla”. ¿Qué hacer entonces?

Por falta de experiencia o de conocimiento, pero con buena intención, podemos alimentar a jóvenes creyentes con enseñanzas que no son según la Palabra de Dios y podrían conducir no a la vida, sino a la muerte. ¿Qué hacer en